

Texto 1.1.: Gordon Rupp, *John Wesley, profeta cristiano*, 1968¹.

LOS COMIENZOS DE LA «RESTAURACIÓN EVANGÉLICA»

Los modernos historiadores suelen situar la obra de los hermanos Wesley en unas perspectivas mucho más amplias. El movimiento de restauración evangélica se presenta como uno más entre otros: en América y en Gales se habían producido algunos movimientos de renovación ya antes de la «conversión evangélica» de John y Charles Wesley. En las últimas décadas, una serie de biografías ha venido a precisar la figura de los evangélicos anglicanos: un buen número de clérigos incluidos en la disciplina de la Iglesia de Inglaterra, hombres de celo evangélico y con preocupaciones pastorales que lograron una buena cosecha de conversos, hombres como Walter en Cornwall y Grimshaw en Yorkshire.

A propósito de esto hemos de hacer dos comentarios. El primero, que la mayor parte de estos hombres, teológicamente, eran calvinistas. John y Charles Wesley eran arminianos por herencia de la Iglesia alta, no con el arminianismo abstracto de la teología holandesa, o el semipelagianismo del alto clero anglicano, sino con el arminianismo que los mismos metodistas llamaban evangélico, que incluía la convicción de que Dios ofreció la salvación para todos los hombres. «Por todos, por todos murió mi Salvador.» Un optimismo de la gracia que confía en que los más fuertes bastiones del mal pueden ser vencidos, cuya divisa podría ser la exclamación de Wesley (agosto de 1777): «Dadme un centenar de predicadores que a nada teman, sino al pecado; que nada quieran, sino a Dios; me importa un comino que sean clérigos o laicos. Ellos solos harán temblar las puertas del infierno e implantarán el reino de los cielos sobre la tierra.» La segunda diferencia está en los mismos hombres, en John y Charles Wesley. Se puede afirmar que sin John Wesley, la historia de la restauración evangélica en Inglaterra hubiera sido algo así como Hamlet sin el Príncipe de Dinamarca.

Porque no hemos de exagerar la diferencia efectiva entre la predicación calvinista y la evangélica arminiana. De todos aquellos predicadores, el más grande era su camarada calvinista George Whitefield. Fue él quien llamó a John Wesley a predicar al aire libre, a pasar por la puerta grande y eficaz que ahora se les abría, conforme se les iban cerrando de golpe, en su rostro, las puertas de las iglesias.

PREDICACIÓN AL AIRE LIBRE

Comenzó entonces aquella aventura cuyo recuerdo queda plasmado en dos notas del diario de Wesley en 1739 (31 de marzo y 1 de abril).

«Por la tarde llegué a Bristol y me reuní allí con Mr. Whitefield. Al principio apenas podía hacerme a la idea de este extraño modo de predicar en los campos, del que me mostró un ejemplo el domingo. Habiendo sido durante toda mi vida (durante muchísimo tiempo) tan exigente en todo lo relativo a decoro y orden, me hubiera sentido inclinado a pensar que la tarea de salvar almas era casi un pecado si no se realizaba en una iglesia.»

«A las cuatro de la tarde me decidí a rebajarme más y estuve proclamando por los caminos las buenas nuevas de la salvación, hablando desde una pequeña eminencia en un campo vecino a la ciudad, a cerca de tres mil personas. La Escritura de que hablé fue ésta (¿es posible que aún haya gente que ignore que tiene

¹ Gordon Rupp, *John Wesley, profeta cristiano*, en: *Concilium* (Revista internacional de Teología), N° 37 (julio de 1968), pp. 51-54.

cumplimiento en todo verdadero ministro de Cristo?): "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para predicar el evangelio a los pobres; me ha enviado para sanar a los corazones quebrantados, para predicar la liberación a los cautivos y la recuperación de la vista a los ciegos, para poner en libertad a los que están oprimidos, para proclamar el año aceptable"»².

Así comenzó una serie de reuniones interminables, ásperas y tumultuosas, que tenían a Bristol, Newcastle y Londres como focos principales, entre las alborotadas comunidades de Gales y Cornwall, las multitudes apiñadas en las aldeas de las nuevas áreas industriales y el corazón escuálido y prolífico del mismo Londres. En aquella época, la población había emigrado desbordando los antiguos límites, y la Iglesia establecida, que debía conseguir un acta del Parlamento cada vez que quisiera fundar una nueva parroquia, había dejado sin atención a muchos millares de almas, carentes de palabra y sacramentos. Wesley encontró ayuda en un pequeño grupo de clérigos ordenados en la Iglesia de Inglaterra y en una asociación, que fue creciendo cada vez más, de predicadores laicos, hombres de tosco bagaje espiritual, pero fuertes, entregados e intrépidos. El mismo dio el ejemplo en sus viajes sin reposo, recorriendo 250.000 millas arriba y abajo por todo el país. Al igual que su gran pariente lejano, el duque de Wellington, también él tenía la facilidad de presentarse justamente donde se le necesitaba, en el momento crítico, dando la impresión de que estaba en todas partes al mismo tiempo.

Predicar hasta conseguir la conversión, establecer contacto con el corazón de las multitudes abandonadas de la Iglesia, era solamente el comienzo. Ya otros habían hecho lo mismo, pero las conversiones conseguidas terminaron por malograrse. «Una cuerda de arena», se lamentaba Wesley a propósito de los seguidores de Whitefield. Wesley supo adaptar el sistema pastoral de los moravos, haciendo de él un elemento misionero y dinámico; no hubo un Herrenhuth metodista, pero sí hubo, en cambio, muchas escuelas y orfanatos metodistas. Wesley sustituyó el monaquismo moravo por algo más móvil, algo que no se había vuelto a ver desde la marcha de los frailes. Más que un talento para la organización, era un genio para la improvisación y la adaptación, y casi todas las instituciones metodistas responden a este tipo característico. En los primeros años se produjeron escenas emocionales que han sido descritas, aunque no explicadas, como «fenómenos psico-emocionales». Lo cierto es que el metodismo, a pesar de lo que diga monseñor Knox, no encaja bien en una historia compendiada del «entusiasmo», del montanismo al pentecostalismo. También se dio una fiera y cruel persecución por parte de las muchedumbres y los magistrados, y a veces también por parte del clero. Los historiadores de la economía han reconocido la influencia que tuvo la restauración sobre las costumbres y la moral, en comunidades enteras de las que desapareció la embriaguez, así como el libertinaje, al tiempo que comenzó a aparecer, en unos sectores increíblemente embrutecidos del pueblo, un nuevo tipo de ciudadanos sobrios, formales, frugales y trabajadores, temerosos de Dios.

² *The Journal of John Wesley*, ed. N. Curnock, vol. 2, 1938, 167ss.